

ANTEPASADOS DE LA "REVISTA MUSICAL CHILENA"

por

Domingo Santa Cruz W.

La aparición, el 1º de mayo de 1945, de la "Revista Musical", como se le denominó durante un año, hasta agregarle el calificativo nacional, que la había de distinguir de otras de nombre semejante, no fue sino el impulso renovado de un mismo propósito y hasta de la voluntad de un mismo grupo de personas que había venido bregando por largos años en pos de la existencia de un órgano de publicidad musical, semejante a los que con mayor o menor regularidad han mantenido otras actividades intelectuales. Nuestro medio, escenario en este siglo de un vigoroso desarrollo en la vida de conciertos, en los estudios, en la educación y en la actividad creadora musicales, requería un periódico en el cual se pudieran debatir los asuntos de música y en donde se consignaran los hechos relativos a ella, acaecidos en el país y en el extranjero.

El impulso a que nos referimos parte, precisamente, como la mayoría de nuestros actuales aportes a la cultural musical del país, de la muchas veces citada y memorable asamblea pública de 1º de abril de 1924, con que la Sociedad Bach inicia sus actividades generales. En efecto, en el programa que esbozamos en aquella oportunidad, se lee: *3. Fundación de una revista musical que pueda realmente reflejar nuestro ambiente artístico y mientras esto no sea posible, preparar el terreno con constantes publicaciones en todos los órganos de la prensa.* Consecuente con ello, la Sociedad Bach inició una activísima propaganda en favor de la música, por medio de noticias que se distribuían a los diarios, y que éstos publicaban con la mejor voluntad, por medio de artículos de divulgación que a menudo llegaban hasta el linde de las disquisiciones técnicas y de las controversias estéticas. También por medio de campañas que dieron a la institución una bien justificada fama de combativa. La empresa era luchar por los fueros de la música, y ello se hizo sin melindres ni reticencias.

Lo que el programa de 1924 preveía resultó muy cierto: no fue posible abordar la creación de una revista hasta varios años más tarde, en 1927, cuando, coincidiendo con la conmemoración del centenario de la muerte de Beethoven, la Sociedad Bach hizo aparecer la revista "Marsyas", que duró exactamente un año, 12 números. Luego, a petición del recién creado Departamento de Educación Artística, la Socie-

dad Bach cesó de publicarla y a ella sucedió la lujosa "Revista de Arte", del Ministerio de Educación, aparecida en septiembre de 1928 y que, pese al rango de órgano de una Secretaría de Estado, duró sólo un número (!) . . . Estábamos en los días caprichosos del Ibáñez que inventaba reformas y las deshacía sin saber por qué ni para qué y de su inenarrable Ministro de Educación, Pablo Ramírez, de tan triste memoria en nuestra historia artística.

Quedamos nuevamente sin revista y las cosas musicales entregadas a las bondades, ya menos entusiastas, de los diarios. En octubre de 1931, dentro de un plan de reestructuración de la Sociedad Bach, una circular pidió apoyo y colaboración para reeditar "Marsyas", dedicada, esta vez, a las artes en general¹. La Sociedad se proponía así tomar la iniciativa del Ministerio y continuarla. El eco de este llamado debió ser pobre y la Sociedad abandonó su propósito. Continuamos así en la orfandad publicitaria hasta el año siguiente, en que, con María Aldunate Calvo, nos lanzamos valientemente a otra revista. Esta llevó también un nombre musical griego, ya no de fauno sino de instrumento: "Aulos".

La nueva publicación, dedicada por entero a la música y que apareció en octubre de 1932, fue de mi propiedad particular. Había sido por entonces elegido Decano de la Facultad de Bellas Artes y continuaba como Presidente de la Sociedad Bach, que procuraba subsistir. Si "Aulos" no era órgano oficial de ninguna de las dos entidades, se identificaba por completo con lo que el movimiento encarnado por ambas perseguía.

"Aulos", revista mensual en 1932, se hace bimestral al año siguiente, sufre un colapso en julio de 1933 y desaparece en enero-febrero de 1934, a los 7 números.

La orfandad esta vez fue más breve: en junio-julio de 1934, la Facultad de Bellas Artes editaba una lujosa "Revista de Arte", dedicada a las artes en general, pero, sobre todo, a las artes plásticas y a la música. Filomena Salas se añadía esta vez, como motor tesonero, a María Aldunate, en una empresa que, con mayores medios y mejor fortuna, publicó 22 números hasta enero de 1940, en que cesó de aparecer. Un pequeño "Boletín Mensual" de la revista la continuó hasta mayo de ese año, aprovechando la colaboración de Vicente Salas Viú, que recién llegaba de España.

A partir de entonces, transcurre otra pausa de cinco años justos

¹La circular, de 7 de octubre de 1931, lleva las firmas de Carlos Humeres, Lorenzo Domínguez (el escultor), María Aldunate y mía (Archivo de la Sociedad Bach, Vol. III).

hasta mayo de 1945, en que Vicente Salas Viú y Filomena Salas, como Director y Secretaria, respectivamente, reciben el encargo del Instituto de Extensión Musical de hacer marchar la revista, cuyos quince años de vida la hacen ser la más duradera y prestigiada de nuestra historia musical².

En estos antecedentes directos de nuestra revista puede observarse, como un flujo y reflujo, la alternación de revistas dedicadas únicamente a la música y otras en las que nuestro arte aparece tratado en conjunto con otros campos estéticos: a "Marsyas", revista musical, sucede la "Revista de Arte", del Ministerio de Educación; a ésta, otra publicación musical exclusiva, "Aulos", y a ella la segunda "Revista de Arte", también, como su predecesora, consagrada al arte en general. Artes plásticas y música, combinadas en una sola entidad directiva universitaria, se separan en 1948, aparecida ya la actual revista del Instituto que consagró definitivamente campos de publicidad diferentes a los músicos y a los pintores y escultores. Sólo privadamente han continuado publicaciones generales, como las que ha fundado Enrique Bello. "Pro-Arte" (1946), heredera de aquel "Más", de la Sociedad Amigos del Arte.

ANTECEDENTES REMOTOS

Cuando se habla del pasado, tenemos en música nuestro sabio oficial, que es Eugenio Pereira Salas. Sus libros son fuente de mil noticias y aunque no haya tratado en ellos por separado las publicaciones, uno puede rastrear los ancestros del presente que, en este caso, tienen una ilustre ejecutoria.

En efecto, a poco de fundado el Conservatorio Nacional de Música, en 1852, doña Isidora Zegers de Huneeus, en compañía del esforzado D. José Zapiola y de D. Francisco Oliva, publican "El Semanario Musical", como dice Pereira, "primer órgano de difusión artístico-cultural que ha tenido Chile". Tan valiente iniciativa, como es lógico suponerlo, máxime si se piensa en la dificultad de un semanario, alcanzó solamente a los 11 números, entre el 10 de abril y el 29 de junio del año citado. El efecto de esta publicación fue considerable. No sólo quedan en ella consignados los acontecimientos de la época, sino que encarnó un autén-

²En la sesión Nº 83, de 15 de marzo, de la Junta Directiva del Instituto, Nº 7, se aprueban todas las bases de la "Revista Musical" y se designa Director a Vicente Salas Viú y Secretaria a Filomena Sa-

las G., ambos funcionarios de la institución. En la sesión Nº 89, de 3 de mayo, Nº 3, se acuerda un voto de felicitación al Director, por la excelente realización con que la Revista ha aparecido.

tico esfuerzo por divulgar conocimientos acerca de la música en un tiempo en que no disfrutaba ésta de mayor prestigio cultural que el concedido a los entretenimientos. Cuando se habla, pues, de revistas musicales chilenas, es fuerza iniciar la crónica con el homenaje justísimo que merecen una vez más los iniciadores del "Semanario Musical", los mismos a quienes Chile debe en el desarrollo de nuestro arte sus primeras luces, y en quienes reconoce sus primeros auténticos campeones.

Extinguido este breve destello periodístico, la actividad musical se confunde e identifica con la del teatro lírico y no hay ya revistas musicales durante el siglo XIX. La música es asunto de que se ocupan, sobre todo, revistas literarias y algunas publicaciones especializadas acerca del teatro. De toda una larga nomenclatura que es posible enhebrar cronológicamente y que Pereira utiliza como fuente de informaciones operáticas, tal vez la más valiosa, tanto por su contenido como por la duración que tuvo, fue el periódico "Bellas Artes", editado desde 1869 en Valparaíso por Juan Jacobo Thompson; llegó esta publicación a los 40 números, cifra que la acercaría a nuestra actual revista.

La situación del siglo pasado se mantiene durante los primeros años del presente. Tal vez lo más significativo antes de la Sociedad Bach, sea la revista "Música", publicada por iniciativa de Aníbal Aracena Infanta, a partir de 1920. No me ha sido posible averiguar cuánto duró, pero todos recordamos bien este esfuerzo en que Aracena, con su "Centro de ex alumnos del Conservatorio", divulgaba ideas acerca de música en una forma no demasiado encumbrada y publicaba obras⁸. Por la trascendencia que tuvo como movimiento general el que iniciaron "Los Diez", antes de la Primera Guerra Mundial, deben recordarse las contribuciones musicales de su pequeña revista, en las que Leng y Cotapos tomaron activa parte. Los alumnos del Conservatorio han solido iniciar revistas, de muy breve duración, a menudo un solo número, como anales un tanto caseros y órganos de compañerismo. El primero de ellos sería "La Aurora de la Música", aparecido en 1897.

"MARSYAS"

Como ya he dicho antes, la primera iniciativa que desemboca en la actual "Revista Musical Chilena" pertenece a la Sociedad Bach y data de 1927.

⁸Yo mismo fui favorecido, en julio de 1921, por el maestro Aracena, con la publicación primera de una de mis canciones sobre textos de Rabindranath Tagore (¡naturalmente, en francés, según la época!).

Desde diciembre de 1926⁴, se encontraba trabajando una "Comisión de Revista, Correspondencia y Acción Cultural", que el Consejo Directivo de la Sociedad había constituido bajo la presidencia de Carlos Humeres Solar, Subdirector de la institución, y que integraban Filomena Salas, Cora Bindhoff, Eduardo Humeres y Jorge Urrutia Blondel. Sus trabajos fueron resumidos en una exposición ante el Consejo⁵, en que Carlos Humeres dio cuenta: que la revista "Marsyas" era un hecho y aparecería al conmemorarse por la Sociedad, en forma oficial, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el centenario de la muerte de Beethoven (27 de marzo). Financieramente, los avisos cubrían un pequeño déficit del primer número.

La revista "Marsyas" era editada por la Casa Nascimento, en una bella y cuidada presentación, con los elegantes tipos de la revista literaria "Atenea", en excelente papel. Atraía no sólo por su contenido sino que también por su aspecto exterior. Los grabados y "culs-de-lampe", aparte de algunos procedentes de otros siglos, eran dibujados por Roberto Humeres, Ximena Morla, Hernán Gazmuri y Romano de Dominici.

"Marsyas" tituló la Sociedad Bach su revista, como un homenaje "al silencio que enseñó a los humanos el arte misterioso de modular en una frágil caña los cantos inmortales", "la voz inagotable, el enigma profundo que el genio heleno nos legó en su mito... Marsyas, símbolo es, patético y sublime, del artista". Era, pues, el emblema de una renovación que la Sociedad anhelaba, rehabilitando el arte y el artista en su más alto significado.

La publicación fue recibida con elogios unánimes. En junio de 1927⁶, se daba cuenta de 93 subscriptores y del establecimiento de agencias de su venta en Valparaíso y Antofagasta; la IV Memoria Anual de la Sociedad, correspondiente a 1927, da cuenta con satisfacción del éxito que ella ha obtenido: se ha financiado, ha sido íntegramente repartida y hay ya dos números agotados. Era un triunfo y había que perseverar en él. Para 1928 la Comisión de la revista fue algo modificada; continuaron en ella Carlos y Eduardo Humeres (Director y Administrador, respectivamente), Filomena Salas y Jorge Urrutia; se agregaron Nelson Salvo y el que esto firma.

Pese a estos promisorios resultados, las cosas no eran todas color de

⁴Actas del Consejo Directivo de la Sociedad Bach, Vol. II, Sesión de 26 de diciembre de 1926, págs. 69 y 75.

pág. 94.

⁵Ibid. Sesión de 25 de marzo de 1927,

⁶Sesión de 10 de junio de 1927. Ibid., pág. 128.

rosa. La colaboración (que, por cierto, era gratuita) resultaba lenta y el entusiasmo del primer tiempo se había aminorado con lo obligatorio de la tarea; los números eran difíciles de formar en el nivel de calidad exigido. Carlos Humeres, fatigado ya y encargado por el recién establecido "Departamento de Educación Artística" del Ministerio de encabezar una publicación consagrada a todas las manifestaciones del arte, renunció el 22 de marzo de 1928. "Un año de experiencia, decía, hace imposible creer en la colaboración de los demás... marcha al fracaso quien se base en el auxilio ajeno para mantener una revista." Con él se alejaba su también generoso y tesonero hermano Eduardo. Carlos Humeres proponía fusionar la revista "Marsyas" con la futura "Revista de Arte" ministerial. El Consejo Directivo de la Sociedad Bach, sin embargo, rechazó unánimemente esta idea y expresando todo su pesar y su agradecimiento a ambos hermanos Humeres, resolvió continuar independiente, porque sus ideales "pueden peligrar dependiendo de una dirección extraña"⁷. Se me encargó la dirección de "Marsyas".

Nuestras gestiones no debieron resultar fáciles, ya que, después del N° 12 (marzo-abril), la revista cesó de aparecer y en la sesión de 13 de julio⁸, el Consejo Directivo aprueba un convenio con el Departamento de Educación Artística, por el cual se establecen las condiciones del cese de "Marsyas", "como una manera de facilitar la publicación de la "Revista de Arte". El Ministerio se hacía cargo de los subscriptores de nuestra revista, daría a los socios de la Sociedad Bach un 30% de descuento en la "Revista de Arte" y se convenían diversas compensaciones materiales relativas a clisés, avisadores, etc. Así terminó esta memorable etapa de "Marsyas", cuya desaparición tuvimos muy pronto que lamentar. Me he referido ya antes a la tentativa infructuosa de revivirla en 1931.

Por lo que toca al contenido de "Marsyas", éste, bajo la cultísima dirección de Carlos Humeres, fue de mucha exigencia y calidad. Tuvimos todos que esforzarnos en tratar temas interesantes y además hacerlo bien. Los colaboradores principales en los 57 artículos publicados, algunos extensos, otros breves, fueron: Carlos Humeres (13); Domingo Santa Cruz (7); Jorge Urrutia (5); Filomena Salas (4), y con menor número, Luis Vergara L., Alberto Spikin H., Alfonso Leng, Samuel Negrete, María

⁷Sesión de 22 de marzo de 1927. Ibid., pág. 185.

⁸El acuerdo respectivo fue hecho en forma sumamente formal y aun solemne, en un documento que firmamos Armando

Donoso, Director del Departamento ministerial, y yo, como Presidente de la Sociedad. Muchas cláusulas estipulaban en forma prolija lo que cada entidad daba y lo que en compensación recibía.

Aldunate, Bruno Leuschner, Helvecia Padlina y Armando Carvajal. A esto deben agregarse algunas traducciones de escritores franceses, pues "Marsyas" estuvo evidentemente influida por la "Revue Musicale", de París. Parte muy esencial en la publicación de la Sociedad Bach fue la crónica nacional y extranjera; puede seguirse así, a través de sus números, la importante etapa por que atravesó la música chilena en 1927 y 1928 y ver cómo la Sociedad Bach procuró incorporarnos al movimiento internacional con noticias y comentarios que interesaban por igual al lector de este país y a quien recibía "Marsyas" fuera de Chile.

Aparte de la abundante literatura acerca de Beethoven, cuyo centenario fue ocasión para innumerables estudios en todo el mundo, "Marsyas" siguió fielmente los propósitos de la entidad que representaba: conectarnos con el pasado y con el antepasado y, a la vez, propiciar el conocimiento del arte moderno, de los músicos que encarnaban la avanzada del momento; asimismo, se preocupó de la situación musical del país. En este último orden de cosas, habló sin ambages, llamó todo por su nombre, lo que le comunicó un aire combativo que se exterioriza desde el primer número. Alberto Spikin-Howard abrió el fuego con su explosivo artículo titulado "El por qué del fracaso de la enseñanza musical en Chile", tremenda andanada contra el Conservatorio Nacional, que provocó hasta una reclamación del Ministro de Educación y desagrado aun entre los miembros del Consejo Directivo de la Sociedad. Spikin, con vehemencia sin duda, había dicho simplemente la verdad. Así quedó establecido (sesión del Consejo de 12 de abril) y para acentuar estas críticas en forma más constructiva, me encargué de un editorial en idéntico sentido: "Por qué el Conservatorio no ha llenado su función cultural", en el que se formularon nuestros cargos y por ende las bases de una reforma radical, que se produjo ocho meses más tarde, exactamente como la deseábamos⁹. Este artículo apareció en consonancia con un "Manifiesto" que la Sociedad publicó en toda la prensa (13 de mayo), que significó una declaración de guerra al Conservatorio que dirigía el maestro Soro¹⁰. En el N° 7, del mes de septiembre, Carlos Humeres publicó un delicioso comentario de la tradicional e improvisada temporada lírica, que excitó por años el furor de los amantes del "bel canto": "Sería tan ajeno, escribió, al carácter musical de esta revista tratar de Bohème o de

⁹"Marsyas", N° 3, de mayo de 1927.

¹⁰Este "Manifiesto" lo motivó el nombramiento de D. Alberto Mackenna S., como Director General de Enseñanza Ar-

tística, que la Sociedad, verdadera autora de la dirección general, estimó como una burla y una maniobra del Conservatorio para evitar toda reforma.

Gioconda como ocuparse del problema del salitre o del abaratamiento de los consumos"... Humeres denunciaba el absurdo de "la fatalidad ineludible de la ópera de fiestas patrias", con cantantes arrendados a última hora, que "se cuelan al país por el primer boquete que el sol de septiembre abre en las nieves cordilleranas", cantando la Canción Nacional, "abigarrados de Fausto o Rigoletto". Un artículo mío acerca de "El culto católico y la mala música", abrió otro frente de guerra en donde muchas verdades salieron a relucir. "Marsyas", como Don Quijote, podía decir: "Todos sois conmigo en batalla."

Aparte de estas incursiones en la actualidad, la revista se ocupó del canto gregoriano, del Renacimiento en diversos artículos, del período de Lully y, por cierto, de J. S. Bach. Además, aparecieron trabajos acerca de César Franck, Debussy, Ravel, Roger-Ducasse, Scriabin, Stravinsky. Entre los artículos generales, debe hacerse mención particular de los que escribió Carlos Humeres acerca de "Marcel Proust y la música", "La música en el sistema de Spengler", "El misticismo en el arte de Bach", "Significado del arte", y de un breve y luminoso editorial de Alfonso Leng, "Sobre el arte musical chileno", que merece frecuente lectura porque fijó posiciones estéticas que no han variado un ápice hasta hoy¹¹.

En suma, la revista "Marsyas" fue un valiente esfuerzo y una realización de primera clase. Lástima que las circunstancias y las dificultades terminaran con ella prematuramente. Además de los artículos y crónicas, la revista contenía, como había sido tradicional en un país carente de editoriales de música seria, suplementos musicales incorporados al contexto mismo de la publicación: obras de Peri, Caccini, Gagliano, Monteverdi, Byrd, Lully, venían a remozar el aire cargado del verismo italiano que el Teatro Municipal propagaba; junto a esta música del pasado, se incluyeron obras chilenas de Allende, Leng y Urrutia.

LA "REVISTA DE ARTE" DE 1928

En el primer gobierno de Ibáñez todas las cosas se hacían en grande: corrieron las monedas de oro y obras públicas en abundancia nos dieron la impresión que de repente habíamos pasado a ser país rico. Así también, en lo cultural, se anunció la "Revista de Arte", como reza su carátula, "publicación bimestral del Departamento de Educación Artística del Ministerio de Educación Pública", oficinas en Moneda 1384; Director, Carlos Humeres Solar; Secretario de Redacción, Tomás Lago. En la con-

¹¹Nº 4, junio de 1927.

tratapa se afirmaba que la revista sería "la más alta publicación de su género en América". Todo esto, como hemos dicho, duró "ce que durent les roses, l'espace d'un matin" . . . Apenas un número y ya el "Departamento" estaba liquidado y la revista suprimida.

Así y todo, el esfuerzo fue bello, y Carlos Humeres pudo crear esta otra publicación de gran refinamiento: papel satinado de primera clase, muchos grabados, algunos en colores; excelente composición hecha, por cierto, en la casa Nascimento, colaboraciones variadas en veinte artículos, de los cuales cuatro se ocuparon de música. La "Revista de Arte", con su portada rojiza, su tamaño incómodo y en la tapa una pintura de Grigorieff, que no es agradable de mirar, es documento vivo de la época; los avisos, dibujados a pluma, anunciando las "victrolas ortofónicas" y las pianolas en que toca una señora muy compuesta a un muchachito vestido de marinero, son documentos preciosos.

Las colaboraciones musicales versaron: acerca de la nueva Sala Pleyel de París, de la música araucana y de mí mismo como compositor (con una curiosa fotografía y uno de mis "Cuatro Poemas", para canto y piano sobre textos de Gabriela Mistral), y de las opiniones de Claudio Arrau acerca del momento que la música vivía. Estas opiniones de nuestro gran pianista resultan curiosas de leer hoy día: Stravinsky ha fracasado en el Oedipus Rex; Schoenberg resulta un pedante sin posibles influencias futuras; Hindemith, un gran talento descontrolado; Nicolás Nabokoff, mi buen amigo de hoy, el gran genio del futuro . . . El "constructivismo" saneará al mundo de lo romántico.

La crónica musical es interesantísima, y en ella vemos a Armando Carvajal valerosamente empeñado en crear los conciertos sinfónicos; se anuncian las ediciones de partituras chilenas (sólo se hizo "la Voz de las Calles", de Allende); la Sociedad Bach, "la más importante en su género en nuestro país", anuncia conciertos de cantatas de Bach; Jorge Urrutia ha sido pensionado por el Gobierno y parte a Europa, etc. . . . Fue gran lástima que la "Revista de Arte" terminara así, sin haber para qué. En ella habríamos apreciado a lo vivo una época de enorme interés para el futuro musical chileno, que se iniciaba llena de fe. En el editorial se habla de la reforma educacional que planteaba "por primera vez en Chile y en sus verdaderos términos, el problema de la cultura artística" . . . "En pocos meses, decía, se ha logrado lo que no pudo realizar un siglo de esfuerzos aislados y excepcionales." Las finalidades de la revista, absolutamente en armonía con lo que la Sociedad Bach anhelaba, quedaron bien definidas: "difundir los conceptos estéticos que inspiran al mundo mo-

derno", divulgar las grandes culturas pretéritas y formar un arte nacional "basado en elementos propios".

"AULOS"

Como ya he dicho, la nueva revista musical, aparecida en octubre de 1932, fue de mi propia iniciativa y posible gracias al desinteresado tesón de María Aldunate Calvo, por ese entonces ya hada-madrina de muchas útiles iniciativas: Sociedad Bach, Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos, etc.

¿Por qué hicimos esta revista y la llamamos "Aulos"? La necesidad de una publicación era urgente; la Facultad de Bellas Artes estaba recién creada y el ambiente lleno de controversias, en las que era indispensable decir lo que la prensa no admitía. La Sociedad Bach desaparecía inexorablemente por el logro de sus finalidades y había que asegurar la continuidad de sus principios en las entidades universitarias que entraban a sustituirla. La revista tuvo, por eso, un ambiente muy marcado de batalla y sacrificando, indudablemente, jerarquía, tendió hacia algo más accesible a la masa, más periodístico. El nombre del instrumento griego no tuvo más razón que la idea de lo helénico, símbolo de pureza artística; la tapa que estilizaba el perfil de una auleta la hice yo mismo.

Como revista, "Aulos" resultó indudablemente inferior a sus antecesoras inmediatas; ni la presentación ni la tipografía, sin ser malas, estaban a la altura de "Marsyas"; tampoco logramos contribución de artículos que aseguraran suficiente variedad y la revista se resintió del "continuará", repetido demasiadas veces en pequeños fragmentos de estudios largos. Lo más auténtico fueron los editoriales que escribí acerca de asuntos nacionales y la crónica chilena y extranjera, más nutrida aun que en las anteriores revistas. Ambas secciones se prestaban y se prestaron para el tinte polémico que "Aulos" tuvo y que hasta nos obligó a desencadenar una querrela por injurias y calumnias contra nuestros detractores.

Los artículos resultan pocos, si se piensa en los siete números a que llegó "Aulos" entre octubre de 1932 y febrero de 1934. Allende publicó un interesante estudio histórico, titulado "El ambiente a través de los años" (Nº 1); Isamitt, unos "Apuntes sobre nuestro folklore nacional" (N.os 1, 2, 3, 4, 6 y 7), también de mucha enjundia y centrados sobre todo en lo araucano; Jorge Urrutia, comentó "Aspectos de la educación musical en Alemania" (N.os 3, 4 y 6, quedando en suspenso), que hoy cobran gran actualidad; Enrique López escribió acerca de la época de los madrigalistas ingleses. Colaboraron, además, Filomena Salas, Francisco

Curt Lange, Carlos Grandjot, Adriana Saavedra, a lo que debo agregar mis editoriales acerca de la aducación musical general, de los concursos de composición, de los conciertos no deportivos, de la Sociedad Bach, de los teatros municipales; temas todos que se prestaron para expresar el pensamiento de quienes habíamos conducido la avanzada musical del país desde hacía ya más de diez años.

Como he dicho antes, "Aulos" dejó de aparecer en julio de 1933, y en enero de 1934 publicó otro número, el séptimo, como año segundo, que no continuó. La interrupción, según reza la explicación dada en ese último número, fue debida a "un accidente habido en las máquinas de la imprenta en la cual se editaba". En este mismo número, se prometía: "Aulos" se imprimirá en la Imprenta Lagunas y aparecerá cada dos meses" . . . Si hubiéramos sabido, se habría podido profetizar que este alargamiento del ritmo fue siempre el presagio del final de nuestras revistas. Un arbolito frondoso debajo del anuncio resultó maléfico augurio del futuro de la revista: carecía, como ella, de suelo generoso para prosperar. Los quehaceres absorbentes en la Facultad de Bellas Artes a que estábamos abocados los promotores de "Aulos", hicieron imposible la tarea; además, mis finanzas no eran como para una perseverancia puramente filantrópica.

"Aulos", siguiendo también la vieja tradición de las revistas musicales chilenas, publicó "suplementos" de música, que fueron verdaderas ediciones, todos ellos de autores chilenos, pues ya no era necesario apoyar a Monteverdi ni a Lully, como cuando la Sociedad Bach los oponía a la boga omnipotente de Leoncavallo y Mascagni. "Pórtico", de Samuel Negrte, para piano, inició la serie; luego otra obra de piano, "Poema", de Alfonso Leng, la continuó. El tercer suplemento fue "Quietud", de Carlos Isamitt, para canto y piano; a éstos sucedieron cuatro obras más para piano solo: "Piezas infantiles", de René Amengual; mis "Imágenes infantiles", en sus dos series, y el "Preludio N° 6", de Alfonso Leng, que cerró estas ediciones de "Aulos", nada fáciles de encontrar hoy día.

LA "REVISTA DE ARTE" DE 1934

A nuestra necesidad editorial, por la época en que "Aulos" luchaba por subsistir, vino a sumarse la que experimentaban las artes plásticas, unidas a la música en sus destinos, con la creación de la Facultad de Bellas Artes en 1929, consolidada con las reformas de ésta, en 1932 y 1933. Una revista general de arte era la solución lógica, y acordamos pedir el apoyo del Rector, don Juvenal Hernández. El Rector, hombre de amplia visión

cultural, supo entender en el acto la urgencia que padecíamos y la Universidad de Chile nos otorgó los recursos. La Facultad constituyó una Comisión Directiva, que integramos, como reza la carátula de la "Revista de Arte", el que esto firma, como Decano de la Facultad de Bellas Artes; Lorenzo Domínguez, profesor de escultura; Carlos Humeres, Secretario de la Facultad; Romano de Dominici, profesor de modelado, y Mariano Picón Salas, distinguido escritor venezolano, profesor entonces de Historia del Arte. En la realización práctica se asoció a María Aldunate, mi colaboradora de "Aulos", y a Filomena Salas, activa participante de "Marsyas" y organizadora por ese tiempo de las "Páginas de Arte", del diario "La Nación".

La "Revista de Arte" salió a luz en julio de 1934, como "publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile" y es, bajo todo punto de vista, la mejor que en su género hayamos tenido en el país. Bello y original formato, excelente papel, tapas elegantes, profusión de fotografías y de reproducciones de obras de arte, suplementos de música y de artes plásticas. A todo ello se añaden buenos y variados artículos y una nutrida crónica de cuanto ocurrió en los años en que la "Revista de Arte" se mantuvo. Baste, para medir su resonancia, recordar lo que el Rector, don Juvenal Hernández, expresó oficialmente acerca de ella en el Claustro Pleno universitario de septiembre de 1938: "esta revista es la primera que en su género ha llegado entre nosotros a editarse por más de tres años y tanto por su material, como por su impecable presentación, ha sido reiteradamente reconocida en el extranjero, si no como la mejor de todas, como una de las cumbres de la difusión artística escrita en América".

Sin embargo, la vida de la "Revista de Arte" no pudo evitar las dificultades con que todas nuestras publicaciones artísticas han tropezado: dificultad de obtener buenas y oportunas colaboraciones y escasez de dinero; ambas cosas, por cierto, encadenadas y hechas más y más difíciles a medida que el continuo encarecimiento del costo de impresión volvió insuficientes todos los presupuestos acordados por el Rector Hernández. Los avisos no bastaron y tampoco el alza de precio de la revista, \$ 4 al comenzar; \$ 5 desde el N° 3; \$ 8 desde el N° 14, y \$ 15 desde el N° 19. Todo ello resintió la regularidad de su aparición.

La "Revista de Arte" comenzó bimestralmente, en julio de 1934, y así continuó hasta el fin del mismo año (N° 3); luego, el N° 4 sufrió atraso, según se explicó, "debido al incendio de los talleres de fotograbado de don Santiago Medina, acaecido en enero pasado"; apareció por esto

en marzo de 1935. Desde ese número deja de ser exacta su publicación y en las carátulas no se mencionan sino los años. Esto hace difícil determinar con precisión la exacta cronología de la "Revista de Arte", que es menester deducir por referencias del contexto, por los avisos o alusiones a hechos concretos. A través de este procedimiento he logrado, con bastante certidumbre, seguir el curso que ella tuvo.

En 1935 aparecen los números 5, 6 y 7 (año II este último), en los meses de julio, octubre y diciembre; la revista fue, por consiguiente, trimestral, si agregamos el ya citado número 4. En 1936, las fechas de los siguientes cuatro números (8, 9, 10 y 11) corresponderían a los meses de marzo, julio, septiembre y noviembre; en 1937, también aparecen cuatro números: 12 (que lleva fecha 1936 y año III), 13, 14 y 15, que encuadran en los meses de febrero, abril, junio y diciembre. En 1938, los números son tres, si bien dos dobles, 16-17, 18 y 19-20 (año IV), en los meses de enero, abril y noviembre. En 1939, la revista se suspende y el número 21-22 aparece como correspondiente a ese año, pero en enero de 1940. Con el número 23 sucedió la cosa más extraña: desapareció en la imprenta, con sus originales y un riquísimo material de reproducciones; todo él dedicado al arte en los Estados Unidos y con el sumario anunciado. La Universidad no lo pudo costear y aún en 1942 se esperaba su aparición.

La paralización de la "Revista de Arte" en 1939, trató de ser obviada, creándole una especie de hermano menor, de mayor agilidad y exactitud, que se encargaría de lo actual, liberándola "de este tributo, para que sea por entero la revista de estudio y de investigación que merece". Así se expresa el primer editorial del "Boletín Mensual", que apareció en noviembre del año citado. Este boletín, de igual familia y calidad en cuanto a pulcritud y belleza, continuó en diciembre de 1939 y en los meses de enero, abril y mayo de 1940. Innecesario parece decir que, como las revistas anteriores finas y elegantes, la "Revista de Arte" y su "Boletín" fueron obra de la Editorial Nascimento.

Por lo que respecta al personal directivo, he mencionado ya el que inició la revista. Los números posteriores al 5 contienen cambios en él: en el 6, la Comisión se reduce excluyendo a Lorenzo Domínguez y a Mariano Picón Salas y, en vez de ellos, se agrega a Jorge Urrutia; los números 7 y 8 mencionan solamente a las dos secretarías, Filomena Salas y María Aldunate, que lo fueron durante todo el curso de la revista y del "Boletín"; en el número 9, la Comisión está encabezada por mí como Director, y Jorge Urrutia deja de pertenecer a ella. Con respecto al "Boletín", continuamos los mismos, es decir, Carlos Humeres, Romano

de Dominicis y yo y se nos agregan José Perotti y Armando Carvajal, y, como Jefe de Redacción, Vicente Salas Viú, que en verdad fue quien lo dirigió.

El contenido de la "Revista de Arte", de acuerdo con lo anunciado en el primer editorial, ~~se~~ en gran proporción dedicado a las artes plásticas entendidas en forma sumamente completa: a la pintura, escultura y artes aplicadas, se agregan la arquitectura, el urbanismo, la fotografía y el cinematógrafo. Fue, pues, una verdadera revista de las artes en su totalidad. Al examinar lo que a música se refiere, es menester incluir algunos editoriales y aun artículos generales, cuyas consideraciones la envuelven; luego, los artículos propiamente dichos acerca de música, las críticas y noticias chilenas y extranjeras y, finalmente, los suplementos musicales que continuaron la obra de "Aulos" y forman con ésta una excelente colección de autores nacionales.

Como editoriales importantes, merecen recordarse: "Enseñanza artística universitaria" (Nº 2), a raíz del Segundo Congreso Interamericano de Educación; "Exigencias de cultura intelectual" (Nº 4), acerca de las relaciones de los estudios artísticos, las humanidades y el bachillerato; "Pro y contra en el arte" (Nº 7); "Relaciones culturales interamericanas" (Nº 9). Aparte de estos artículos, mencionaré "Arte y psicoanálisis" (Nº 6), de Carlos Humeres.

Refiriéndose ahora a los artículos, cabe observar que ellos comprenden una gran variedad de materias y su enumeración nos llevaría a hacer casi un índice. Citaré, por esto, sólo unos cuantos: "El valor cultural de los discos", de que fui autor (Nº 1); "El porvenir de la música eléctrica", por Ernesto Barrera (Nº 2); "El machitún y sus elementos de carácter mágico", por Carlos Isamitt (Nº 3); otro mío, "La transfiguración de Bach" (Nº 4); "Los japoneses, su música y su actitud creadora", por Eduardo Lira Espejo (Nº 6); "Apuntes sobre americanismo cultural y artístico", por Francisco Curt Lange (Nº 10); "La S.I.M.C. en Buenos Aires", por Juan Carlos Paz (Nº 11); "La música contemporánea y sus problemas", por Leopoldo Hurtado (N.os 11 y 12); "El niño y la música", por Cora Bindhoff (Nº 13), etc. Estudios acerca de compositores hubo muchos: Leng, entre los chilenos; Debussy, Ravel, Falla, Paul Dukas, Alban Berg, entre los extranjeros.

A todo lo anterior es menester añadir el valor inestimable de la crónica, que estuvo a cargo de Filomena Salas, con la cooperación de Lira Espejo, Urrutia, Alfonso Letelier, Eugenio Pereira, María Aldunate y el que esto escribe. Esta crónica rememora hechos que el tiempo

transcurrido hace que suelen relatarse mal: los datos que proporciona, los comentarios, son de un inestimable valor histórico. A ello debe agregarse la información constante acerca de los acontecimientos musicales de América y de Europa; a estos acontecimientos estuvo dedicado el "Boletín".

Los suplementos de música fueron numerosos. Para piano: "Estudio" y "Pichi-Purún", de Isamitt; "Nocturno chileno", de Adolfo Allende; "Sendero", de Samuel Negrete; "Cuatro piezas para niños", de Armando Carvajal; "Otoñales", de Alfonso Leng; "Tres trozos para piano" y "Misceláneas", de Próspero Bisquertt; "Estudios", de Humberto Allende, y "Suite Grotasca" de Alfonso Letelier; para canto y piano: "Cima", de Leng; "Otoño", de Letelier; "Caricia", de René Amengual; "Cantos de Soledad", de Domingo Santa Cruz; "Tres Poemas de Gabriela Mistral", de Jorge Urrutia; "Voces de Gesta", de Acario Cotapos, y, para voces solas, "Tres coros infantiles de carácter chileno", de Jorge Urrutia, que debieron corresponder al número 23 desaparecido.

OBSERVACIONES GENERALES

Todo lo dicho en torno a las publicaciones que preceden a la actual "Revista Musical Chilena" permite hacer algunas acotaciones de conjunto.

En primer lugar, la unidad de propósitos, consecuencia de lo que afirmé al comenzar el presente estudio, en el sentido de que la sucesión de revistas fundadas en un espacio de catorce años es el fruto del impulso y de la voluntad de un mismo grupo de personas que pertenecieron al núcleo más activo de la Sociedad Bach. Conforme a lo que esta institución perseguía, y que ya he mencionado también, se procuraba: abrir las ventanas del pasado musical, que entre nosotros no llegaba más allá de Mozart; conectarnos con el presente y apoyar las iniciativas musicales chilenas. Esta línea coincide con la que se observa en otros países en la misma época y en más de un centro artístico latinoamericano. A lo anterior debe agregarse, en honor de nuestro país, la preferente preocupación internacional, sobre todo interamericana, hasta poderse afirmar que la bella "Revista de Arte" de 1934 constituyó un auténtico órgano interamericano de publicidad. A analizar este aspecto de la "Revista de Arte" consagraba el profesor norteamericano William Berrien un concienzudo artículo en el número perdido.

Nuestro país, por razones que se han analizado muchas veces, siente la solidaridad americana como un deber y ha luchado por ella con

esfuerzo y sin exigir reciprocidad. Lo que ganamos con esta actitud generosa fue la simpatía y la admiración internacionales. En el país ha sido no entenderse bien la necesidad de las revistas musicales, y las dificultades y eclipses que les han afectado es buena prueba de ello; pero quien haya salido de nuestra isla geográfica, sabe que el movimiento chileno fue conocido desde largos años por la gente que nos interesaba lo aquilatara. Esta es la razón de más de un honor que han recibido los que estuvieron al frente de él. Todo ello se supo y se justipreció a través de las revistas que cubren hasta ahora más de treinta años.

Como hecho histórico nacional la serie de revistas de que me he ocupado es de capital importancia. Abarca ella el suceder de once años llenos de acontecimientos esenciales en nuestra evolución. Se produjo el apareamiento de un grupo de musicógrafos que aún está en actividad y que ha generado otros más jóvenes. La sola consideración de las secciones de "crónica" que aparece desde 1927 hasta 1940 es apasionante. En ella vemos llegar la refoma del Conservatorio de 1928, con sus ardorosas polémicas previas y posteriores; asistimos al nacimiento de la actividad de los conciertos sinfónicos que Armando Carvajal toma a su cargo, y para lo cual el Ministerio de Educación y la Universidad de Chile prestan su apoyo; vemos la trayectoria completa de la "Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos", antecedente directo del Instituto de Extensión Musical. El "Boletín" nos pone al tanto de la crisis de 1939, cuando el personal de orquesta desafió a la Universidad y rechazó su ayuda y vemos cómo ésta continuó por su cuenta el trabajo de conseguir una ley y la obtuvo. Las revistas nos muestran los esfuerzos de varias sociedades que cooperaron al progreso de la música en el país: la Sociedad Bach primero, que se diluye en lo que ella misma ocasionó y procura subsistir en apariciones esporádicas de su coro cada vez que se presentan oratorios (1935, 1938, 1939); la Sociedad Amigos del Arte, cuyas importantes series de conciertos y de conferencias llenaron muchas temporadas; la Sociedad de Música de Cámara del Conservatorio, de que hoy nadie se acuerda, organizada por la Facultad como paralelo de la Asociación de Conciertos Sinfónicos. Algunos han olvidado también otro capítulo: el de la ilustre trayectoria de la Asociación Nacional de Compositores, fundada en 1936 bajo la presidencia de Humberto Allende, sirviendo yo de secretario. Esta entidad fue reconocida oficialmente como Sección Chilena de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea (S. I. M. C.) en vísperas de la guerra.

En las revistas hallamos también reseñas acerca de la enorme activi-

dad que correspondió a la Facultad de Bellas Artes en el terreno de la divulgación musical. En primer término, el establecimiento de la radiodifusión universitaria, que se llevó adelante desde 1934, contando con la colaboración de Radio Chilena y luego de otras emisoras; en seguida, la iniciativa de grabar discos de música nacional. Ahí está el ya legendario álbum con cubierta de género, con un huaso estilizado en la portada, en que seis compositores tuvimos nuestro estreno fonográfico. Al lado de todo esto, debe recordarse, una vez más, la serie de ediciones de obras nacionales: la "Revista de Arte" hizo suyas todas las aparecidas y anunciaba un excelente conjunto, en el que los principales compositores del país estaban representados.

La suma de todos estos esfuerzos era un terreno que nos permitió crear, al suspenderse la "Revista de Arte", justamente en la víspera de la creación del Instituto de Extensión Musical, que éste la continuaría de inmediato. Por desgracia, como ocurrió con otras iniciativas que envolvían fondos destinados a otra cosa, debimos esperar cinco años y añadir la acción universitaria, a la cual el Instituto quedó sujeto desde fines de 1942, para poder establecer la Revista, cuya aparición hoy se conmemora.

Tal es, en suma, lo que podemos decir de estos azares publicitarios, en que trabajamos varias personas, unidas en el mismo desinterés y fe, los mejores años de nuestras vidas.

Mayo 16 de 1960.